

sarrollo de unos procedimientos constructivos y del tratamiento de los materiales que hacen de los edificios de Fité y Mejón artificios naturales de identidad técnica y estética absolutamente autóctona. Sus recientes proyectos para dos viviendas unifamiliares –en Lleida y otra en el pueblo de Almacelles– y el de un centro de asistencia médica primaria en el barrio leridano de Cap-Pont, plantean su conciencia de que ocupar un lugar mediante la arquitectura significa transformarlo. La concepción de una arquitectura “seca” es una transposición afirmativa de los rasgos fundamentales del perturbador clima extremo y paisaje natural y urbano de Lleida y sus contornos. “La arquitectura debe reconocer los atributos negativos y positivos de un lugar: entender qué es lo que hay que ignorar, añadir, eliminar, modificar” afirman ambos.

El centro de atención primaria y la casa unifamiliar construidos en distintas zonas límites del perímetro de Lleida se alzan como volúmenes firmes y sólidos. En el caso del CAP, se presta gran atención al tratamiento de la fachada y su comunicación con su entorno: un área urbana de desmesurados bloques de vivienda de promoción privada en el que los arquitectos buscan que su edificio se integre como una entidad abstracta y precisa, unitaria y compleja, subjetiva hacia el exterior y pragmática hacia el interior. Y lo logran mediante una es-

bir la arquitectura, de manera que, propiciando decisiones y ahondando en su conocimiento, pudiésemos llegar a alterarla” comentan Fité y Mejón. Basando el programa doméstico de esta vivienda en el habitual para cualquier familia numerosa, los arquitectos llevan a cabo una construcción concebida y materializada a través de las técnicas y máquinas para la construcción de estructuras dinámicas para el soporte de camiones y carrocerías frigoríficas. El edificio es un volumen metálico ligero, descansando sobre una base de hormigón, compuesto alrededor de un patio. Los recubrimientos de la estructura ocultan ese neto origen industrial y la hacen aparecer como una casa confortable y elegante sin ampulosidades.

La sensualidad y el dominio del vocabulario arquitectónico que sustentan el ejercicio de construcción de una casa en Almacelles, una pequeña localidad a pocos kilómetros de Lleida, pueden ser tomados como un reflejo máximo de la sensible capacidad, audacia, inteligencia y energía de estos arquitectos. Su elemento protagonista es la pesada masa de acero que conforma la segunda planta y que está siendo oxidada con agua marina. Esta hermosa estructura establece un desconcertante diálogo de firme equilibrio con la planta inferior, ligera e ingravida, y de extraña fraternidad con las adustas viviendas vecinas y el seco paisaje rural cercano porque su exhuber-



JORDI BERNADÓ

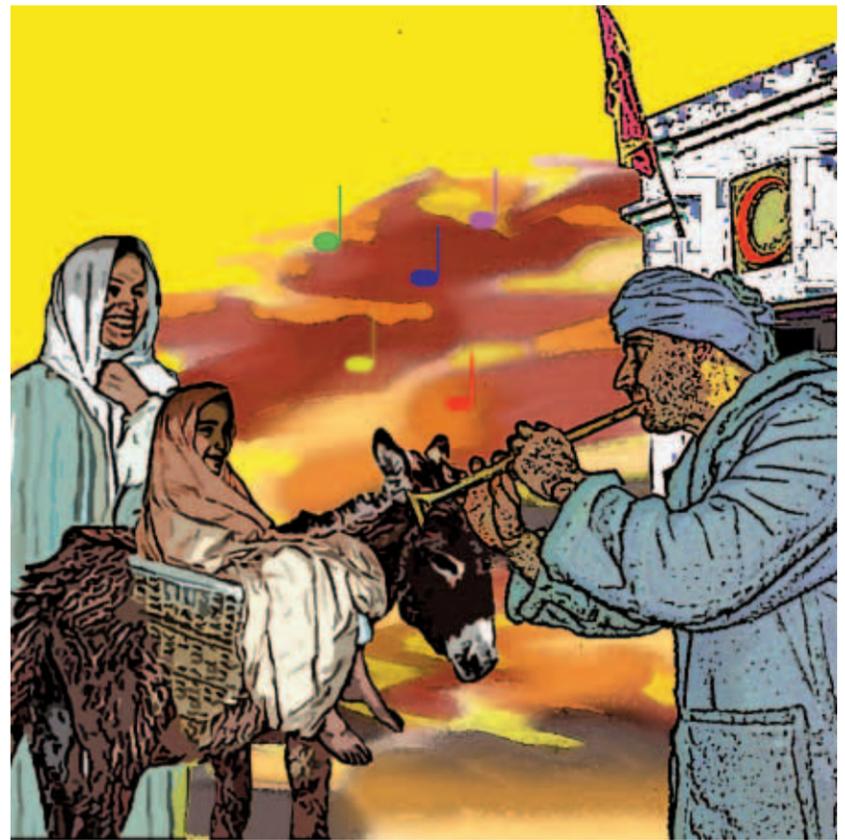
tructura horizontal –que se opone a la verticalidad de los feos bloques adyacentes– compuesta de aluminio, cristal y madera laminada que genera una piel conformada por sucesivos módulos, de diferente tamaño y material, que componen una especie de alfabeto.

El proyecto desarrollado para una vivienda sita en una urbanización cercana a la capital ilerdense demuestra el interés de estos arquitectos por investigar y proponer nuevas soluciones constructivas. “Construir supone combinar materiales, técnicas y métodos en orden para materializar una idea. Esto es algo que no se consigue únicamente con la utilización directa de los sistemas y productos que ofrece la industria. Para este proyecto, creamos las leyes y nuestra metodología, entendiendo la construcción como un instrumento para conce-

rancia radica en su afirmación en su propia esencia, y su propia identidad, que son las mismas del lugar donde se asienta pero transformadas, mediante el trabajo y el pensamiento de unos arquitectos de vocación artesana y artística.

Ahondar en la tecnología y su desarrollo para hacer con ella un trabajo artesano y cuidado. El ensamble ajustado y armónico de piezas que juegan el papel de la construcción de un todo para el desarrollo de un lenguaje arquitectónico que llega a ser plenamente poético cuando se hace evidente que no existe temor a construir experimentando: para estos arquitectos, la construcción es un instrumento para concebir y hacer una arquitectura sentida y profunda, que susurra belleza. Que hace de sus lugares otros espacios. |

CRÓNICAS RIFEÑAS



PACO SANCHIDRIAN

Taimunt y el amor

La venganza de Haddú contra la familia del asesino de Aisa trajo a la región de Bokkoya una extraña calma. Pero el vengador se hundió en el kif y las putas

ALI LMRABET

Cuentan que hasta en el tormentoso Rif, después de la tempestad siempre llega la calma. Con el exterminio del clan enemigo de los hermanos de Taimunt, un sentimiento de tranquilidad se apoderó de la zona. Como si la sangre derramada hubiera sido demasiada. La tribu de los Bokkoya no alababa a los vengadores, los temía, y en los zocos ya nadie osaba llamar a Haddú y a su hermano Chaib ‘los hijos de Ammar sin tierra’. Pero el miedo a que algún superviviente de los familiares de Mohand acabase con su vida de la misma manera que él acabó con la de decenas de otros, obligó al primogénito a alistarse en el nuevo ejército creado por los españoles en la zona bajo su protectorado: los Regulares. Se alistó pues en un tabor, pero su reciente fama de hombre sin piedad hizo que los colonizadores le dieran un título honorífico, un uniforme de oficial indígena y un puesto ficticio en el presidio de Melilla donde pasaba sus días y sus noches entre los humos de su sebsi (pipa) de kif y las sabanas de los prostíbulos.

De vez en cuando, los españoles, que necesitaban de los llamados ‘moros amigos’, lo sacaban borracho de algún burdel. Su presencia en las negociaciones con los jefes de tribu servía para apagar los ánimos rebeldes de los nativos y sus veleidades de independencia. Taimunt decía que su hermano servía entonces de ‘uahch al ghaba’, es decir, un ogro. Y así fue de él durante años, viviendo del miedo que provocaba en los otros y de un sueldo que no merecía pero que utilizaba para sufragar las necesidades de su madre y hermanas. Para su familia, por fin habían llegado los tiempos de opulencia y respeto, para él fue una época de bajada a los infiernos de su conciencia.

Pero lejos, en el Rif profundo, en Beni Bufrah, donde Taimunt hacía de enfermera, el destino iba a dar otro vuelco. Los españoles habían instalado su dispensario en ese cruce de pistas para poder dispensar cuidados a tres tribus, la de Beni Bufrah, la de Beni Guemil, así como para la gente de Snada, un minúsculo territorio donde estaban asentados los chorfas Uazzani, una banda de santones charlatanes que se pretendían descendientes directos del Profeta Mahoma.

Es en Beni Bufrah donde mi abuelo conoció a mi abuela. Abdalah vio por primera vez a Taimunt cuando lo trajeron semi inconsciente de su pueblo de Orán, en Beni Guemil, después de caer en un árbol. Fue Taimunt quien curó y cuidó de ese hombre de talla mediana y piel muy blanca que sus aldeanos llamaban ‘Chtaia’ por su habilidad para subir a los árboles. No supimos nunca si fue el golpe en la cabeza o el amor, un sentimiento relativamente desconocido en esas comarcas, quien decidió al hombre de Beni Guemil a liarse con una viuda con hija. Pero lo que sabemos a ciencia cierta es que, después de su restablecimiento, el rifeño comenzó a venir exageradamente al dispensario para que Taimunt le cambiara una venda o le diera algún medicamento contra un mal imaginario o inventado. Al final, como las malas lenguas comenzaron a propagar rumores, Chtaia no tuvo más remedio que enviar a sus familiares a pedir la mano de la enfermera. Los comisionados que se desplazaron hasta Beni Bufrah quisieron hacer a mi abuela el viejo truco del cordero degollado ante su puerta, pero Taimunt dejó de lado su carácter indómito y se apresuró a recibirles. Abrió sus puertas antes que se diera muerte al pobre animal, aunque no sabemos si su corazón